

GRADY HENDRIX



CÓMO VENDER UNA CASA EMBRUJADA

minotauro

CÓMO VENDER UNA CASA EMBRUJADA

GRADY HENDRIX

minotauro

1

Pensando que a lo mejor no se lo tomaban bien, Louise informó a sus padres de su embarazo por teléfono, desde San Francisco, a casi cinco mil kilómetros de distancia. No porque dudara de su decisión, ni mucho menos. Cuando habían ido apareciendo aquellas dos rayitas paralelas de color rosa, todo el pánico se había esfumado y una vocecita le había dicho por dentro: «Ya eres mamá». Pero, aun en el siglo XXI, era difícil prever la reacción de unos padres sureños a la noticia del embarazo de su hija soltera de treinta y cuatro años. Louise se pasaba el día ensayando distintas formas de decírselo con delicadeza, pero, en cuanto su madre descolgó y su padre se puso en la línea de la cocina, se quedó en blanco y espetó:

—Estoy embarazada.

Esperaba que la acribillaran a preguntas: «¿Estás segura?». «¿Lo sabe Ian?». «¿Lo vas a tener?». «¿No has pensado en volver a Charleston?». «¿Tienes claro que eso es lo mejor?». «¿Te haces una idea de lo duro que va a ser criarlo tú sola?». «¿Cómo te las vas a arreglar?». Aprovechó el largo silencio para ensayar las respuestas: «Sí; aún no; por supuesto; ¡ni pensarlo!; no, pero lo voy a hacer de todas formas; sí; me apañaré». Al otro lado de la línea, oyó que alguien tomaba aire mientras daba lo que parecía un buen sorbo de agua, y cayó en la cuenta de que su madre estaba llorando.

—Ay, Louise... —le dijo su progenitora con la voz pastosa, y Louise se preparó para lo peor—, ¡cuánto me alegro! Vas a ser la madre que yo no fui.

Su padre solo quería saber una cosa: la dirección de su casa.

—No quiero malentendidos con el taxista cuando aterricemos.

—Papá, no hace falta que vengan ahora mismo.

—Pues claro que sí —replicó él—. Eres nuestra Louise.

Los esperó en la calle, sufriendo un microinfarto cada vez que un vehículo doblaba la esquina, hasta que por fin un Nissan azul oscuro se detuvo delante del edificio, bajó de él su padre y ayudó a bajar a su madre. Louise no aguantaba más: se arrojó a los brazos de su madre como si volviera a ser una cría.

Se encargaron de comprar la cuna y la sillita de paseo, le dijeron que era una locura plantearse siquiera un servicio de alquiler y lavado de pañales de tela y hablaron de la alimentación del bebé y de las vacunas y del millón de decisiones que tendría que tomar, y compraron sacamocos y pañales y bodys y mantitas y cambiadores y toallitas y pomada para la cola y gasas para los vómitos y sonajeros y luces nocturnas..., y Louise habría pensado que se les había ido la mano con las compras de no ser porque su madre le dijo: «¡Vamos, que no te quedan cosas por comprar!».

Ni siquiera pudo reprocharles que les costara digerir lo de Ian.

—Aunque no estén casados, deberíamos conocer a sus padres, que ellos también van a ser abuelos —le dijo su madre.

—Aún no se lo he dicho —contestó Louise—. Solo estoy de once semanas.

—Pues cada vez se te notará más —señaló su madre.

—El matrimonio tiene ventajas económicas tangibles —añadió su padre—. ¿Seguro que no te lo quieres pensar?

Louise no se lo quería pensar.

Ian era gracioso, listo, y ganaba montones como vendedor de rarezas en vinilo para los ricos de la zona de la Bahía que añoraban su infancia. Le había conseguido una colección com-

pleta de primeras ediciones de álbumes de los Beatles al cuarto mayor accionista de Facebook y había encontrado la edición pirata del concierto de Grateful Dead en el que un miembro de la directiva de Twitter le pedía matrimonio a su primera esposa. A Louise le costaba creer el dineral que la gente estaba dispuesta a pagar por cosas así...

Paradójicamente, cuando ella le había insinuado que debían tomarse un descanso, Ian había creído oportuno arrodiarse en el patio interior del Museo de Arte Moderno de San Francisco. La negativa de Louise lo había puesto tan triste que se había acostado con él por pena, y de ahí su estado actual.

El día que le había pedido que se casaran, llevaba puesta su camiseta original del *In Utero* de Nirvana con un agujero en el cuello por la que había pagado cuatrocientos dólares. Se gastaba miles de dólares al año en zapatillas, a las que se empeñaba en llamar «zapas». Se ponía a mirar el teléfono mientras Louise le contaba cómo le había ido el día, se burlaba de ella cuando confundía a los Rolling Stones con los Who y, cuando pedía postre, siempre le preguntaba: «¿Estás segura?».

—Papá, Ian no está preparado para ser padre.

—¿Y quién lo está? —replicó su madre.

Pero, en el caso de Ian, Louise lo veía clarísimo.

Las visitas familiares siempre se hacen largas y, al final de la semana, Louise ya estaba contando las horas que le quedaban para volver a estar sola en su apartamento. La víspera del día en que sus padres volvían a casa, se encerró en su dormitorio «a mirar el correo» mientras su madre se quitaba los pendientes con la intención de dormir una siesta y su padre iba a buscar el *Financial Times*. Supuso que, si aguantaban así hasta el almuerzo, luego iban a dar un paseo por el parque del Presidio y después cenaban algo, todo iría bien.

Pero su cuerpo tenía otros planes. Le entró hambre de pronto. Se le antojaron unos huevos cocidos. Necesitaba ir a la cocina de inmediato. Así que entró con sigilo en el salón, descalza, para no despertar a su madre, porque no se veía con ánimo de soportar otra conversación sobre lo bien que le quedaría el

pelo largo, lo a gusto que estaría en Charleston o lo mucho que le convendría volver a dibujar.

Se la encontró dormida en el sofá, tumbada de lado, tapada hasta la cintura con una manta amarilla. La luz de mediodía la hacía parecer muy delgada, destacándole las arruguitas del contorno de la boca, el pelo ralo, las mejillas flácidas... Por primera vez en su vida, Louise supo qué aspecto tendría su progenitora muerta.

—Te quiero —le dijo su madre sin abrir los ojos, y ella se detuvo en seco.

—Lo sé —contestó al cabo de un momento.

—No, no lo sabes —replicó la otra.

Esperó a que se explicara, pero la respiración de su madre se hizo más profunda, más regular, hasta convertirse en un ronquido. Louise entró en la cocina. ¿Hablaban su madre en sueños? ¿Se refería a que no era consciente de que la quería, o de cuánto la quería, o a que no lo entendería hasta que también ella tuviera una hija? Le dio vueltas, preocupada, mientras se comía el huevo duro. ¿Lo decía porque vivía en San Francisco? ¿Pensaba que se había ido tan lejos para poner distancia entre las dos? Se había mudado allí por la universidad y después se había quedado por el trabajo. Aunque era cierto que, si de niña todo el mundo te dice lo estupenda que es tu madre y hasta tus ex te preguntan por ella cuando te los cruzas por la calle, te hace falta poner distancia si quieres tener vida propia y a Louise a veces no le bastaba siquiera con cinco mil kilómetros. Tal vez su madre lo notara.

Luego estaba su hermano. Solo se había mencionado a Mark un par de veces durante aquella visita y Louise sabía que a su madre la molestaba por dentro que ellos dos no tuvieran una relación «natural», pero lo cierto era que no quería tener relación con su hermano, ni natural ni de otro tipo. En San Francisco podía hacerse pasar por hija única.

Sabía que era la típica hermana mayor, la primogénita que se llevaba todos los golpes. Había leído artículos y ojeado listículos, y cumplía todos los requisitos: juiciosa, organizada,

responsable, trabajadora... Hasta lo había visto catalogado como trastorno (el «síndrome del hermano mayor») y se había preguntado cuál sería el de Mark. Alcoholismo terminal, seguramente.

Cuando le preguntaban por qué no se hablaba con su hermano, Louise contaba lo de la Navidad de 2016, en que, aunque su madre se había pasado el día en la cocina, Mark se empeñó en que cenaran en un chino, al que llegó tarde, borracho y dispuesto a pedir la carta entera, para después quedarse dormido en la mesa.

—¿Por qué dejas que te haga esto? —preguntó entonces Louise.

—Sé un poco más comprensiva con tu hermano —le contestó su madre.

Louise comprendía perfectamente a su hermano. A ella le daban premios; Mark había terminado el instituto por pura suerte. Ella había hecho un máster en Diseño; Mark había dejado la universidad el primer año. Ella creaba productos que la gente usaba a diario, como parte de la interfaz de usuario de la última versión del iPhone; él se había propuesto que lo echaran de todos los bares de Charleston. Vivía a solo veinte minutos de sus padres, pero se negaba a mover un dedo por ellos.

Por mal que se portara, sus padres siempre lo colmaban de elogios. Alquilaba un apartamento nuevo y para ellos era como si hubiera derribado el Muro de Berlín. Compraba una camioneta por quinientos dólares para arreglarla él mismo y casi parecía que hubiera puesto un pie en la Luna. Cuando el Colegio de Diseñadores Industriales le concedió a Louise la mención de honor a la mejor estudiante de posgrado, ella cedió el premio a sus padres, a modo de agradecimiento, y lo escondieron en el ropero.

—A tu hermano le va a doler que tengamos tu premio a la vista y nada suyo —se excusó su madre.

Louise sabía que su nula relación con Mark era el eterno tabú, el convidado de piedra, el miembro fantasma de todas las interacciones con sus padres, sobre todo con su madre, que

odiaba lo que ella llamaba «desavenencias». Siempre estaba de buen humor, siempre dispuesta y, aunque Louise no tenía nada en contra de la felicidad, el empeño de su madre en alcanzarla a toda costa le resultaba enfermizo. Evitaba las conversaciones difíciles sobre temas dolorosos. Dirigía un guiñol moralizante y se comportaba como si siempre estuviera en escena. Las pocas veces que había perdido los papeles como madre le había soltado: «¡Me avergüenzo de ti!», como si avergonzarse fuera lo peor que le podía pasar a alguien.

Tal vez por eso Louise estaba tan decidida a tener aquel bebé: la maternidad las haría cómplices, las uniría. Sospechaba que todo lo que le fastidiaba de su madre sería precisamente lo que la convirtiera en una abuela increíble.

Mientras retiraba las cáscaras de huevo de la encimera, pensó que la maternidad compartida tendería un puente entre las dos, y los muros que había levantado para protegerse irían derrumbándose. No sería de un día para otro, pero daba igual. Tendrían toda la vida para digerir sus nuevos roles: el de la hija convertida en madre y el de la madre convertida en abuela. Años, creía ella. Al final, fueron cinco.

NEGACIÓN